

EMILIO LLEDO, *Filosofía y lenguaje*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970, 186 pp.

Los estudios que comprende este volumen, siete en total, han aparecido anteriormente en diferentes publicaciones. Tienen en común el corresponder a diversos aspectos y reflexiones sobre una historia de la filosofía del lenguaje, que el autor proyectó y prepara desde hace algunos años, con la intención de mostrar cómo la evolución del pensamiento no puede desligarse de la del lenguaje en que se expresa. Citaremos a continuación el título de los artículos y las principales afirmaciones —o al menos las que así nos lo han parecido— de cada uno de ellos:

*Filosofía del lenguaje como historia de la filosofía*: 1. El problema de la lógica matemática es el siguiente: si se ha situado en un nivel de "recurrencia" a otros niveles en cuyo caso dependería del nivel al que se recurre (y éste sería el de la matemática); 2. Toda definición del lenguaje ha de ser genética y dialéctica; y toda reflexión sobre el lenguaje no puede realizarse sin analizar cada uno de sus componentes; 3. Un síntoma de la filosofía contemporánea es la preocupación por el lenguaje (una filosofía, pues, que no se ocupara del lenguaje no sería en realidad "contemporánea" sino más bien "anacrónica"), y este interés tiene manifestaciones tan opuestas como el positivismo lógico y el pensamiento del último Heidegger. De cualquier modo, si hay un autor cuya obra es indispensable conocer y repensar, ese es Wittgenstein.

*El lenguaje filosófico griego: hacia una revisión de la terminología filosófica*: 1. Desde la última guerra es un hecho consumado la paralización del pensamiento filosófico occidental; 2. De los varios caminos por los cuales se intenta salir del estado de crisis, uno, el del lenguaje, parece ser común a todos los esfuerzos; 3. En la historia de la filosofía ha habido "constantes terminológicas" que levantaban construcciones ideales aceptando los esquemas formales ya formados. En la filosofía occidental se nota todavía la influencia del bloque terminológico que es herencia de Aristóteles, pero desgajado de la raíz semántica que le dio origen; 4. Como consecuencia, muchas palabras han perdido su significado; y a pesar de ello, se han mantenido en el lenguaje filosófico. Pero el significado es contenido indispensable de la palabra, sin él, es un sonido vacío, y no puede servir ni de base ni de puente para una especulación filosófica.

*Lenguaje e historia de la filosofía*: 1. El pasado filosófico puede estudiarse como una obra con respecto a la cual es necesario plantear y responder a tres preguntas: *quién habla, de qué habla y a quién habla*; 1.1. El *quién* de la filosofía puede ser explicado desde tres planos: el de la educación, el de la clase intelectual a la que pertenece y el del espacio teórico de la época en que vive; 1.2. El *qué* alude a las estructuras y los contenidos. El lenguaje filosófico admite un análisis que permite fijar planos constitutivos; 1.2.1. La estructura del lenguaje en que se escribe; 1.2.2. Los términos propiamente "filosóficos" que se refieren a contenidos específicos; 1.3. El *a quién* nos indica el destinatario, y en definitiva hay una referencia a la praxis. La referencia esencial entre filosofía y praxis es indubitable para el autor, a tenor de dos textos muy claros, que transcribimos: "Cuando el pensamiento no encuentra posibilidad de integración en la praxis... no tiene contraste posible con el que enfrentar su verdad" (p. 89); "La filosofía como mera teoría no tiene sentido si, de algún modo, no va unida a la praxis histórica" (p. 90).

*Lenguaje e interpretación filosófica*: 1. La tesis sería descubrir el carácter trascendental del lenguaje en la interpretación filosófica; 2. El análisis de los

planos que integran el nivel teórico de expresión obligaría a construir un nuevo sistema de filosofía del lenguaje, el cual tendría como postulado principal que el pensamiento filosófico no existe más que como pensamiento *expresado*, objetivado y en cierta manera cosificado en el lenguaje. No hay nada fuera del lenguaje donde el mundo (y el pensamiento forma parte de él) pudiera verdaderamente objetivarse; 3. Mientras que el lenguaje de la ciencia, de la obra literaria y de la obra histórica traslucen por sí mismos su estructura referencial, el lenguaje de la filosofía no expresa una estructura referencial inmediata. El pensamiento filosófico no tiene otra estructura referencial inmediata que la de su mismo lenguaje (p. 113). El lenguaje filosófico tiene una vertiente sintáctica, y otra semántica, y en ella se descubre el *ser*. (Habría entonces alguna referencia lingüística, aunque el autor no lo diga, pero no sería inmediata sino mediata, a través del *sentido*.)

*"Lógico" y "Terminológico" en Filosofía. Una nota introductoria al lenguaje de Heidegger:* 1. La hermenéutica filosófica debe cuidar sobre todo el aspecto lógico del lenguaje, en el sentido de logos como manifestación de un determinado contenido conceptual; 2. En su análisis fenomenológico Heidegger va en busca de una cierta realidad que ha perdido su verdadera esencia. Cuando el lenguaje se desgaja de sus "raíces naturales" se convierte en terminología.

*Un modelo de semántica filosófica:* 1. Hay un proceso hermenéutico, que nos permite interpretar un texto ("saber de qué se habla") que constituye un cierto grado de cosificación semántica. Los niveles son los siguientes: terminológico, teórico, sociológico e ideológico; 2. Cumplidas estas etapas (creemos que debe interpretarse, consciente o inconscientemente por parte del autor o sus discípulos o seguidores) el pensamiento ha dejado de ser pura teoría, pues no es una visión *que ve* el mundo, sino que *ve lo que quiere* ver del mundo. (Parece entonces que el autor acepta implícitamente la tesis de que aunque toda filosofía sea objetiva en el sentido de que ve algo del mundo, nunca puede cumplir este proceso de objetivación, porque siempre selecciona aspectos. La filosofía podría ser llamada "saber de la totalidad", pero a condición de que se entienda "saber de la totalidad aceptada".)

*Semántica cartesiana:* 1. Una cuestión no suficientemente estudiada de Descartes es lo relativo a su "estilo filosófico"; 2. Cuando un autor utiliza un lenguaje característico por su sencillez y claridad, los problemas de inteligencia de lo que se dice aumentan. Algunos de ellos se tratan en el texto, que por su complejidad no pueden reproducirse aquí.

Cada uno de estos temas requeriría de por sí un comentario especial, que no podemos encarar ahora. Las afirmaciones del autor son fuertes, a veces audaces, tal vez discutibles. No puede negarse su interés intrínseco y la pertinencia de su fundamentación teórica, a lo que hay que añadir el hecho exterior pero no menos importante, de su claridad conceptual. Y a propósito, un párrafo nos parece especialmente destinado para servir de examen de conciencia a los noveles filósofos (y a otros que no son tan noveles): "El mito de la profundidad filosófica... ha diluido a la filosofía, muchas veces, en un pensamiento fantasmagórico, incoherente y absolutamente vacío" (p. 98). ¿No será éste un prudente llamado a la humildad intelectual, a una duda metódica sobre nuestras propias elaboraciones? Porque en la especulación filosófica, como en tantas otras cosas "no todo lo que brilla es oro".